

nidad del mundo. El trigo de Rusia, sí; pero también Tolstoi. Las carnes, los granos y las máquinas yanquis, sí; pero también Whitman.

II

Que la cultura sea una de las grandes miras del Estado. Que, pues, se ha tenido para la formación del espíritu nacional una universal contribución, se proyecte la obra de la nueva y gloriosa nación por todas partes. Que la riqueza material valorice y sostenga y propague la riqueza mental. Que se haga como en los Estados Unidos: que se exporten dignamente los elementos intelectuales propios, los buenos, los mejores, y se hagan valer en los centros docentes europeos.

Que á la xenofilia, muy natural en una nación que se forma con tanto conglomerado extranjero, se agregue una buena dosis de chauvinismo y de jingoísmo. Ayudar con puño y hombro á todo lo argentino. Con puño y hombro quiere decir en yanqui con mucho dinero. Ya se tiene, para comenzar, una prensa que está entre las dos ó tres primeras del mundo. Es un buen comienzo. Pero que se vea más en Europa esa prensa, y los libros, y los cuadros y las estatuas argentinas. Que no se sea «yanqui» sólo por Sarmiento y por Drago: que esos señores millonarios hagan algo de lo que hacen los millonarios del Norte.

RUBÉN DARÍO.

De Magalhaes Lima

Respuesta á la *enquête* hecha por la revista *Caras y Caretas*, de Buenos Aires, con ocasión de la independencia de la República Argentina.

La proclamación de la independencia de la América española constituye un acontecimiento tan trascendental como el descubrimiento mismo. Ha dado origen á una civilización nueva, cosmopolita é inagotable, y provocado una amplia expansión espiritual, ardiente y fecunda, consagrando la inmortalidad del genio latino.

Así como el porvenir de Portugal está en el Brasil, el porvenir de España está en la América española. Es la «lucha por la vida», transformada en una verdadera «buena armonía para la vida».

La República Argentina, en particular, nos demuestra que la raza del Cid no ha fenecido: lo que hace es renovarse. Sobreviviendo á las catástrofes de la madre patria, logra imponerse á todos los países del universo, por su iniciativa admirable, por el desenvolvimiento de sus industrias y por la solidaridad intelectual—de que ha dado concluyentes pruebas—con los grandes pensadores europeos. Efectivamente, en los dominios del pensamiento es donde se afirma con mayor intensidad el internacionalismo.

Buenos Aires ha llegado á ser una gran ciudad internacional. Su población va de año en año en aumento en una proporción asombrosa. Participa de todos los defectos y de todas las virtudes que forman los rasgos característicos de semejantes ciudades. Un gran porvenir le está reservado en

ella, á mi parecer, á las ideas socialistas. Y en consecuencia, esa república será socialista ó dejará de ser tal república.

Entre la América del Norte y la República Argentina existe una profunda diferencia: los habitantes del Norte quieren una América para ellos solos, una república para los americanos, en tanto que los habitantes del Sur quieren una república abierta á la humanidad, una América para todos.

Y he aquí por qué el Centenario del 25 de Mayo de 1810 constituye una fiesta universal. En él participar todas las ideas, ya que la República Argentina es hoy, por su espíritu proselitico, el punto de confluencia de todas las razas, de todas las lenguas y de todas las civilizaciones.

¡Es la humanidad en su marcha ascendente y progresiva!

MAGALHAES LIMA.

Lisboa, Abril de 1910.

Del doctor Marc Dufour, de Lausanna

Lausanna (Suiza) 18 de Marzo de 1910.

Conozco á la República Argentina sólo por la geografía y por los compatriotas que vienen de allá. Desde estos dos puntos de vista, tengo la más alta opinión de vuestro país y creo que él está llamado á ocupar un sitio culminante en la historia del siglo presente.

Lamento no haber estado allí nunca, pero no pierdo las esperanzas de visitarlo.

MARC DUFOUR.

(De la Facultad de Medicina de Suiza.)

Del conde de Romanones

A los cien años de haberse declarado independiente la Argentina, nosotros, los españoles, sentimos por aquellos que fueron nuestros compatriotas y serán siempre nuestros hermanos afecto sincero y hondo, y es que juzgamos que llegada la hora de su mayor edad, la hora histórica, procedieron como los varones fuertes proceden, pues el niño cuando se hace hombre, por grande que sea el amor por su madre, tiene que proclamarse independiente si quiere ser hombre.

C. DE ROMANONES.

(Ministro de Instrucción pública de España.)

El exministro Georges Clemenceau

En su casa de París

Historia.—Moulleron en Pareds es un pueblito de Francia. A pesar de su vejez sigue siendo un villorrio. Un rincón ameno. Un árbol convertido en domicilio de dos mil personas... Son, en fin, veinte viejas casas solteronas que se agrupan para no caerse alrededor de un campanario. Al lado de la iglesia funciona una botica. (Por la ley de competencia, la farmacia del alma debe lindar con la del cuerpo.) Enfrente vive el cura. A su costado el médico... En 1841, el médico de Moulleron es un jacobino materialista. Actúa en la localidad como jefe de los republicanos. Para consolar sus remordimientos de médico, es pintor, escultor y poeta... Un día el vecindario se ve sorprendido con la grata noticia de que la esposa del señor médico ha dado a luz un niño... El niño crece. Va á la escuela. Es estudioso. Pero también sabe dar mojicones.

—*Serás un gran hombre*—le dice el cura.

Pero el gran «hombre» tiene sólo doce años. Su padre lo hace ingresar en el Liceo de Nantes. De allí, siempre estudiando y riñendo, pasa á la Es-

cuela de Medicina. En 1860 se va á París. Con Etienne Arago se incorpora á los movimientos revolucionarios, interrumpiendo su carrera de médico. Publica varios folletos de vigorosa fuerza juvenil. En 1862 la policía imperial lo toma preso. En Mazas sufre una condena de dos meses. Una vez en libertad, sigue estudiando. En 1865 el niño de Moulleron obtiene el título de médico. Cumple veinticuatro años de edad. Por algún tiempo quiere alejarse de las luchas políticas, y dedica sus bríos á hondos estudios científicos. Pero fracasa... Parte entonces para la América del Norte. Va cual un bohemio. No lleva más baúles que su cerebro, su ambición y su pipa... En Nueva York no sabe si morir de hambre ó aprender el inglés. Comprende que es más comestible aprender el inglés... Al poco tiempo le nombran profesor de literatura francesa en un instituto de señoritas ubicado en Stamford, pequeña población de los alrededores de Nueva York. Con veinticinco años de edad, con elegancias de París y algunas palabras dulces en inglés, el joven aventurero conquista á sus alumnas. Conquista á todas. Pero una—bella y rubia—, al ser conquistada, conquista á su vez al profesor... Se llama Mary Plummer. Con ella se casa. Tienen hijos. Son muy felices. Etcétera.

Miss Mary Plummer es muy rica. Millonaria... Así, la pareja puede venir á Francia. Estamos en 1870. Buena hora. Estalla la guerra. «Sedán» y «4 de Septiembre». ¡Triunfo!... El joven médico consigue ser nombrado alcalde de Montmartre, en París. Ya miss Mary es alcaldesa... En mérito á las actividades del alcalde, que decreta en las escuelas de su parroquia la enseñanza laica, el pueblo le nombra, en 1871, diputado á la Asamblea general... El novel representante de la patria compren-

de que está á las puertas de su porvenir. Calcula. Piensa. Y elige el mejor camino: se asocia al voto de Luis Blanc, que protesta contra los preliminares de la paz. Prosigue buscando aún el modo de llegar. Toma parte en todas las revueltas. Huye de París para informar á las nuevas municipalidades republicanas de las cosas graves que acaecen en la capital. Regresa el mismo día en que las tropas versallescas entran en París. Se salva milagrosamente. La policía toma preso á un joven brasileño —Souto—, muy parecido á él, y le fusila... Las tempestades pasan. Reelegido en el Consejo Municipal, no cesa de protestar siempre con energía... Esta energía lo lleva á ocupar sucesivamente los puestos de secretario, vicepresidente y presidente. En 1876 lo nombran diputado. Su primer acto es pronunciar un discurso famoso sobre la amnistía. Se sube de pronto al primer puesto de los oradores... Sigue. Sigue. Sigue. Escribe libros. Hace una obra de teatro: *Le voile de bonheur*. Gran triunfo. Viene el asunto Dreyfus. Entonces debuta en el periodismo. Ernesto Vaughan funda en 1897 *L'Aurore*. Lo coloca al frente de ese diario. Escribe Emilio Zola para *L'Aurore* su célebre carta al presidente de la República y en favor de Dreyfus. La carta de Zola no tiene título. Entre todos los redactores buscan uno apropiado. El médico orador lo encuentra: *J'accuse*. La carta se publica el 13 de Enero de 1898. La celebridad de Zola se agranda por el contenido de esa carta. La celebridad del médico crece por el título... Entra al Senado. Sus discursos son cañonazos. Con cada discurso destruye un ministerio. Su lógica es de balas. Sus opiniones son bombas de dinamita... Jefe de la extrema izquierda, lo nombran presidente del Consejo de Ministros. Las puertas del triunfo se le

abren de par en par. Entra... Sus laureles reverdecen cada día. Es un glorioso. Cierra los conventos. Echa de Francia á frailes y á monjas. El Papa se enoja. Llega de repente 1909... Briand aparece. Y él cae... Con la sonriente resignación de los héroes se oculta en su biblioteca. Estudia. Olvida. Sabe que en las calles y en todas partes Francia se divide por él. Unos gritan:

—Es un ladrón.

Otros responden:

—Es un hombre de genio.

**

En su casa, junto á sus libros de medicina y de versos, colecciona sus discursos. Alguien se le aproxima á preguntarle si no le agradaría hacer un viaje á la Argentina para dar conferencias.

—¿Cuánto?

—Trescientos mil francos.

—Aceptado.

«Serás un gran hombre», le dijo el cura de Moulleron. Se ha cumplido.

Y ya veis que además de bella, la predicción fué justa. Aquel niño tiene ahora sesenta y nueve años de edad. Se llama Georges Clemenceau.

**

Ayer he ido á visitar á Clemenceau. Hastiado un poco de la celebridad, ya nada tiene que esperar de los periódicos. Rehuye las amistades. No concede entrevistas... Pero tratándose de un periódico argentino que aparece en la misma nación adonde él irá muy pronto á deleitar con su palabra, no se negó conmigo. Siendo un hombre de

estudio, yo me imaginé que sus horas de trabajo serían las nocturnas. Pero no. A mi pedido de interviú respondió amablemente: «Tendré sumo placer en recibirle de ocho á diez de la mañana...» En invierno, en París, con nieve, las ocho de la mañana horrorizaron mis costumbres noctámbulas... Fui puntual. El ilustre político estaba en su escritorio. Con su eterna gorrita de viajero inglés y un simple traje de saco, inclinado sobre la mesa, escribía velozmente en cuartillas que iba dejando á un lado. Su mesa de trabajo es muy extraña. Forma una especie de redondel, abierto únicamente por detrás. Se sienta en el centro de modo que los extremos de la mesa lo rodean. Tiene así todos sus papeles y libros de consulta á mano. Por la ventana se divisa el jardín, cuyos árboles tiritan de frío...

* * *

Al verme, se pone de pie. Se restrega las manos. Y sonríe...

—Adelante... Tome usted asiento.

Y después, interrogado sobre su viaje á la Argentina, conversa por largo rato. Yo le observo. Al oírle hablar con facilidad juvenil, al ver su rostro fresco y sus ojos de acero que miran como dos espadas, me asombro de que sea tan viejo pareciendo tan joven. A no ser por los cabellos y por el bigote, donde el blanco triunfa sobre el gris, diríase que Clemenceau tiene sólo cuarenta años. Sin embargo, lleva ya sesenta y nueve... ¿Qué han hecho en su organismo las agrias luchas políticas? Nada... Sus espaldas sólidas, sus brazos móviles y sus piernas ágiles, han cobrado con el continuo ejercicio el vigor que adquiere el cerebro

con el ejercicio de las facultades. Morirá á los cien años. Su voz no es ni ronca ni fuerte. Tampoco es una voz melosa ó atiplada. Es una voz suave que se desliza. Encantadora. Seducente. Es una voz de esfumaturas, de *nuances*, de arpegios... Es una voz sin timbre. O mejor: es una voz á la sordina...

—Hace mucho tiempo que tenía intención de visitar la América del Sur. Sobre todo, Buenos Aires me sedujo siempre por el extraño soplo moderno que viene desde allá... Imagínese usted que uno piensa en una América que hace doscientos años estaba poblada de indios, y que de pronto, en menos tiempo del que necesita París para cambiar la faz de un bulévar, nos llega la noticia de que América tiene ciudades maravillosas. Ciudades parisienses como Buenos Aires, cuya estadística no sólo asombra por su progreso, sino que también asusta... Sí señor: asusta...

* * *

—¿Cuántas conferencias dará usted en Buenos Aires, maestro?

—He prometido al empresario dar doce conferencias sobre sociología, socialismo, etc.

—¿Llegará usted á Buenos Aires en Mayo, para las fiestas del centenario?

—No. Saldré de París en los primeros días de Junio próximo. Llegaré á fines del mismo mes.

—Es lástima. Dada la solemnidad argentina que ha de celebrarse el 25 de Mayo, su presencia en tal fecha hubiera sido un honor para nuestro país.

—Yo hubiera ido para Mayo, como pensé al principio. Pero me hizo notar el empresario que para las fiestas del centenario concurrirán princi-

pes, embajadas, presidentes, delegaciones y gentes de todo el mundo, lo cual podía impedir el buen éxito de las conferencias...

—...
Yo le di la razón... Hubo una pausa. Entró el mucamo trayendo una tarjeta sobre un platito de oro.

—Dígale usted que espere un momento. Iré en seguida.

* * *

Continúo:

—¿Conoce usted, maestro, el movimiento socialista argentino?

—Casi nada. Con motivo de mi viaje he comenzado á leer todo lo que se ha escrito en francés y en inglés sobre aquel país. Como no entiendo el español, las dificultades se multiplican. Conozco algunos libros literarios que han sido traducidos al francés. Pero eso es poco. Sin embargo, la mejor manera de conocer á fondo el alma de un pueblo, es visitarlo, conocerlo personalmente... Anatole France, que es un viejo amigo mío, me ha contado cosas muy lindas y agradables del Río de la Plata...

* * *

¿Qué más puedo decir? Clemenceau tiene ya en preparación sus conferencias. Algunas las leerá. Otras serán improvisadas. De una ú otra manera, el éxito oratorio se descuenta de antemano. Como tribuno dispone de todos los privilegios. Su espíritu enciclopédico, que le aproxima á Diderot, lo acerca también mucho á Gambetta. Si en las conferencias sutiles es de una elegancia exquisita, en

las polémicas es un destructor que toma las dimensiones de las montañas que destruye. Dado su espíritu combativo y conociendo el espíritu del público americano, le he insinuado la probabilidad de alguna controversia en Buenos Aires.

—¿Aceptaría?

Me ha mirado con una buena sonrisa de gigante, y no me ha respondido.

Para cambiar de tema, le pregunté si era cierto que las conferencias le darían un beneficio de trescientos mil francos, como ha dicho *Le Figaro* de París. He aquí su respuesta:

—Eso no me interesa.

Me despedí. Y siempre con su voz suave y seductora hizome las acostumbradas cortesías de Francia.

* * *

—Eso no me interesa—salí pensando—. ¿Verdad? ¿Teatro? Callemos.

—Tú serás un gran hombre—le dijo el cura de Mouilleron.

En Francia ya lo es. Y sin duda lo será en América. Un ciudadano que como él posee habilidades de orador, talento de literato, profundidad de filósofo y agudezas de hombre político, encuentra patria en todas aquellas tierras donde pisa. Merece la apoteosis. La merece porque vale...

* * *

Clemenceau —dice Paúl Dollfus— profesa el principio de los hombres de guerra. Su bandera es: *La ofensiva ante todo*. Cuando siendo ministro lo interpeaban en la Cámara, él iba á la tribuna

para defenderse. Pero esa postura no le convenía. A las primeras frases cambiaba de aspecto. Esgrimía una actitud de combate, de lucha, de ataque y de fuerzas impulsivas, tales que sus interpelantes quedaban en situación confusa, y él concluía siempre gritando:

—*Allons, défendez-vous, répondez!*

*
* *

Indudablemente, sí. El cura de Mouilleron predijo una verdad.

—*Tú serás un gran hombre.*

París, Febrero 12 de 1910.

La monarquía en Francia

Los «camelots» del rey

Como en América, cada empleo tiene sus aspirantes; en Europa, cada trono tiene sus pretendientes. Don Jaime de Borbón, por herencia de su ilustre padre, aspira á la corona de España. El príncipe de Braganza no ceja en sus deseos de obtener la corona de Portugal. Y en Francia, el príncipe Luis Felipe, duque de Orleans é hijo de Luis Felipe, conde de París, aspira con entusiasmo á la corona de... la República francesa.

Diríase imposible que Francia, la nación más liberal de Europa, cuente con tan numerosos monarquistas. Sin embargo, es así. En la alta sociedad francesa se conserva aún la tradicional devoción á la monarquía y el odio acérrimo á todo lo que sea república. Hemos tenido ocasión de conversar con un hombre de letras, afiliado al duque de Orleans, y nos decía:

—Los extranjeros no se dan cuenta de la importancia y del papel que juega actualmente la monarquía en Francia. En muchas familias de la alta sociedad es tal el culto que se rinde á nuestras

ideas, que los matrimonios se verifican solamente entre individuos de la misma sangre, para conservar, á través de los siglos, la estirpe acrisolada...

—Y los *Camelots du Roi*—le preguntamos—, ¿qué fin se proponen?

—Los *camelots* del rey son simplemente jóvenes de familias aristocráticas. Se han confederado para mover la atmósfera en beneficio de nuestro futuro rey. Es una especie de masonería... El fin que se proponen es, hiperbólicamente, hacer que nuestro príncipe Luis Felipe recupere sus derechos perdidos...

—Pero eso es un ensueño...

—Tiene usted razón. Es un ensueño. ¿Pero qué es el socialismo sino un ensueño? Sin embargo, vea usted cómo progresa... ¿Por qué no hemos, pues, de progresar nosotros?

—¿Y es cierto lo que se decía de que el duque de Orleans vino de incógnito á París para festejar el primero de año con una cena en el bulevar?

—Efectivamente. Ya habrá leído usted en los diarios que la policía, avisada de que el duque vendría á París, desplegó un gran lujo de guardias en todas sus fronteras, á fin de detenerlo, pues á Luis Felipe le está prohibido entrar en Francia...

—¿Y cómo entró?

—Monsieur Lepine tuvo noticias de que el duque venía en automóvil. En seguida dió sus órdenes para que detuvieran á todos los automóviles que llegaran á Francia. Así se hizo. Se buscó, pero el duque no aparecía... No aparecía porque ya estaba instalado en París. Había venido como simple pasajero de ferrocarril, con gorrita de viaje, sobre todo, valija, un amigo y nadie más... El 31 de Diciembre estaba en París, y esa noche en casa de la marquesa de Mac-Mahón brindó por el porvenir de

su patria... La patria le es hostil. Pero eso no quiere decir que carezca de elementos para, en su oportunidad, dar al actual gobierno una lección de esgrima sentimental... Y ese es uno de los fines que se proponen los *camelots* del rey...

—Y los *camelots* ¿son muchos?

—¡Oh! Muchos. Casi todos son estudiantes. Si quiere usted verlos y mandar á *Caras y Caretas* una impresión de su visita, véngase conmigo mañana á las dos de la tarde. Celebraremos en nuestro local de la rue de Saint-André des Arts, número 33, una bonita reunión. Presidirá la marquesa de Mac-Mahón y hablará León Daudet...

—Iré...

* * *

En la reunión.

Los *camelots* van llegando á la cita. Son casi todos imberbes. Muchachos de rostro fino y ojos limpidos, que tienen sangre azul en las venas. Todos son entusiastas. Más de una vez han estado entre rejas por gritarle á Fallieres en plena cara:

—¡Viva el rey!

En las calles vecinas la policía está diseminada como para un combate. Por los balcones los *camelots* sonríen á la paciencia de los «cazadores de apaches»... Por fin llegan los oradores. En seguida aparece la marquesa de Mac-Mahón, parienta cercana del príncipe Luis Felipe. Comienzan los aplausos. La marquesa ocupa la tribuna y se oye un entusiasta

—¡Viva el rey!

Y la marquesa se pone de pie. Es una viejecita como de setenta años. Habla con una voz muy dulce, muy juvenil. Arde... Describe las melanco-

lías de aquel pobre rey que ni siquiera puede entrar en su casa, la Francia. Describe las tristezas infinitas del desterrado, que no tiene más sostén que el entusiasmo de aquellos jóvenes *camelots*, que con toda su juventud, con toda su primavera y con toda su devoción por las cosas antiguas, le envían desde París un soplo de vida y un soplo de amor intenso...

—¡Viva el rey!— interrumpen los *camelots* á cada instante.

Al finalizar su arenga, la marquesa cede el puesto á León Daudet...

Primero comienza lentamente. Pero en seguida crece su entusiasmo. Parece un incendio literario. Sin embargo, para mí León Daudet es una desilusión. La figura de su antepasado—Alfonso Daudet—está en mi espíritu demasiado grande. Yo recuerdo sus *Reyes en el destierro*, y comparo la dulzura irónica de su misericordia con la ironía bélica de este León, que ya no tiene ni siquiera melena... Siguen los discursos. Al final la asamblea se disuelve, dando vivas al pretendiente.

Bajan las escaleras para organizar en la calle una manifestación. Los vigilantes quieren impedir que el mitin se verifique... ¿Cómo? ¿Y esta es la Francia republicana? ¿Esta es la Francia libre? Un grupo de jóvenes que ni siquiera tienen ideas anarquistas; un grupo de jóvenes estudiantes, cultos é inteligentes, que desean congregarse en las calles para mostrar su entusiasmo por un hombre; un grupo de hombres libres, franceses, civilizados, quieren cantar en plena República un himno de pasión, y la policía—esa policía francesa que todo el mundo elogia—déjase caer sobre ellos á mojicones y puntapiés, cual si fuera una vulgar policía sudamericana.

Los *camelots* se indignan. Y la lucha, la guerra, comienza entre gritos conmovedores de

—¡Viva el rey!

Es de noche.

* * *

—¿Qué le pareció á usted la reunión de anoche?

—me pregunta un realista en el café.

—Hombre, magnífica. En América, donde estoy habituado á fiestas que terminan como la de ayer, las cosas pasan de igual manera.

—Aquí sólo ocurre eso con los *camelots*. La policía permite á todos los partidos que expongan en la calle sus ideales... ¡Pero, guay si á los *camelots* se les ocurre hacer lo mismol... Pero lea usted mañana nuestro diario *L'Action Française*. Verá usted lo que diremos de Fallieres, de Briand, de todos...

París, Enero de 1910.

Camille Mauclair

Un escritor ermitaño

—¿Dónde puedo ver á Mauclair? En París no lo encuentro...

—Es natural. ¿No sabe usted que Mauclair es ahora discípulo de San Antonio? Vaya usted á Saint-Leu-Taverny. Allá vive. Solo. Solitario...

—¿Saint-Leu-Taverny?

—Sí... Toma usted el tren. En una hora llega. Es fácil... Al apearse, junto á la estación verá una carretera. Sigue por ella. En la primera bocacalle, dobla. A las cinco cuadras, vuelve á doblar. Cruza una plaza. Atraviesa una aldea. Prosigue andando. No hay coches. Ni automóviles... Encuentra un bosque. Pasa... Saliendo del bosque, verá un camino. Al final del camino, una casita blanca. Detrás de la casita, otro bosque. Se mete usted en él. Lo cruza. Y en seguida, si es que usted no se ha perdido, un perro le ladrará. Detrás del perro, vendrá un hombre rubio. No le quepa duda. Será Mauclair...

—Gracias. Iré...

*
**

—¡Guau, guau!...

... Y detrás apareció Mauclair. Suave como San Antonio, el famoso crítico de arte, vive en los bosques de Montmorency. Vive lejos del murmullo parisién, cual un anacoreta dedicado á la elaboración de vinos exquisitos. Al verlo allí, rodeado de soledad, diríase que goza muy tranquilo. Es un error... Los hombres neurasténicos que, como Mauclair, huyen á la soledad en busca de silencio, se equivocan de rumbo. Al huir, llevan á su retiro el ruido de sus almas. Y ya sabéis que las almas líricas son, como las neuróticas, víboras de cascabel: huyen siempre del ruido de su cola... Cada soñador oculto en el silencio, recibe diariamente la visita de su reina de Saba. Y Mauclair es un lírico...

*
**

Rubio. Alto. Ojos azules. Siempre sonriendo. Sonriendo con sonrisa de convaleciente... Semejante á Santiago Rusiñol, pinta cuadros hermosos. Pero escribe páginas mejores, que son un breviario para toda la Francia. Son páginas muy bellas. Muy sanas. Muy altas... Escritas con un espíritu de verdadero artista, y escritas, además, con el talento que no pone en sus cuadros, son páginas que atraviesan el mundo, encantando y cantando. Su crítica no es la crítica de Brunetière. Esa crítica especial que destruye sin corregir... No es tampoco la que trata de imponer su sólo criterio, como si fuera el único criterio con que deba juzgarse cualquiera obra. La crítica de Mauclair es la que más y mejor nos instruye. Nos deleita. Nos atrae... Mauclair es un Paul de Saint-Victor avanzado en ideas. Así... Este artista se coloca

frente á una composición musical. O frente á un monumento. O frente á un cuadro... Y en seguida, en una forma amable, con palabras gentiles, con un lento ademán, sin pedanterías de caballero de la Legión de Honor y sin orgullos de erudito geográfico, nos cuenta y nos detalla las bellezas, los méritos, las virtudes y también los pecados de las obras de arte que analiza. Porque sabed que cuando Mauclair os habla de una obra, significa que esa obra es artística y que merece la atención de los hombres que pasan...

* * *

Hablar con Mauclair es asistir á un bonito espectáculo verbal. Posee giros de frases y sonidos de voz tan personales, que las cosas que dice son siempre cosas nuevas. Sin querer, dispone de tal modo de recursos de expresión, que cuando habla pinta con palabras las escenas. Tiene palabras que parecen telones. Otras parecen bambalinas. Escotillón. Paisajes... Luego, tiene palabras con las cuales dibuja, en el aire, tipos, cosas, hombres y mujeres. Y también tiene los ademanes... Por ejemplo: cuando os quiere hablar de Dios, no lo nombra; os muestra el cielo...

* * *

He preguntado á Mauclair si sabe algo de América. Sabe... A pesar de ser parisién, no ignora que usamos pantalones en vez de hoja de parra ó plumas. Sabe que hay en nuestras repúblicas escritores de talento. Conoce á algunos... Es amigo

de Darío, de Ugarte, de Gómez Carrillo, de Bonafoux, de Bobadilla... Ha colaborado en la revista *Música*, de Barrenechea. Se empeñó en saber si Miguel de Unamuno era americano... En Florencia conoció á un pintor argentino que «intentaba aprender bellas artes copiando cuadros célebres». Y á propósito, oíd lo que me dijo:

—Algunos jóvenes pintores creen que la mejor manera de aprender á pintar con belleza consiste en copiar pincelada por pincelada todos los cuadros hermosos de los grandes maestros. Con ese sistema, sólo se aprende á copiar, á plagiar... Yo creo que se debe ir á los museos en busca de emociones artísticas. Nunca á buscar recetas culinarias...

Mauclair elogia con sonrisas el espíritu emprendedor de los americanos. Una anécdota. El mismo la cuenta:

—Son ustedes buenos comerciantes... La circulación de mis primeros trabajos en la América se la debo á un ingenioso comerciante americano: al doctor Mojarrieta.

Este señor anunciaba en los periódicos de allá un producto de su invención. Parece que la publicidad en América es muy cara. Pero á Mojarrieta le salía muy barata. Compraba artículos literarios y cuentos inéditos á los escritores franceses. Daba 40 francos. Luego los llevaba á América y los cambiaba en los periódicos por avisos *réclame* de su producto... Me contó que en vez de pagar á los diarios 1.000 francos por un aviso, les daba un artículo de firma célebre de esos que él compraba por 40 francos... ¡Un negocio! «Gracias á él—agrega Mauclair—, yo me hice conocer en América... Lo mismo le pasó á Gourmont...»

(La anécdota nos pinta de cuerpo entero. No

debemos enojarnos demasiado cuando *Le Matin* nos dice la verdad, ni cuando Mauclair sonríe con misericordia de nuestra inocencia...) Entretanto, oid la profesión de fe ó el credo artístico de Mauclair: «Creo en la vanidad de las prerrogativas sociales de mi profesión. Creo que el arte, ese silencioso apostolado, esa bella penitencia escogida por algunos seres cuyos cuerpos les fatigan é impiden más que á otros encontrar lo infinito, es una obligación de honor que es necesario llenar con la más circunspecta probidad...»

No penséis que este credo pueda ser una oración puramente retórica. No se trata de palabras pronunciadas desde un púlpito, con el único objeto de fingir una religión profesional. Se trata de algo más elevado... Mauclair ha puesto en práctica su propia literatura. En días de snobismo, cuando Prévost y Maizeroy, triunfan como maestros, el joven crítico francés conserva intacto su decoro de esteta. Dice lo que piensa... Escribe libros, sin preocuparse de si se venderán... En *El arte en silencio* desnudó con valentía su pensamiento... Este exquisito libro no obtuvo ningún éxito popular. ¿Por qué? Porque Mauclair no amasó su éxito con duelos. Ni con bofetadas. Ni con las otras *réclames* de la botica clásica...

¿Qué más? Eso basta... Mauclair, con sus treinta y seis años juveniles, se ha recluso—viejo por sus tristezas—para cumplir mejor su misión apostólica... Pero como todo debe decirse, no creáis que Mauclair ha huído de los bulevares haciéndose ermitaño sólo por amor al arte... No. Es ermitaño por amor al amor. En su vida hubo una mujer. La historia es conocida. No es privada. Es popular... Mauclair, amó bárbaramente. Amó á una mujer hermosa. De talento. Artista... La amó mu-

cho. La amó tanto, tanto, tanto, que ella lo abandonó. Hoy es la mujer de Maurice Mæterlinck... Se llama Georgette Leblanc. (¡Ya veis cómo en el alma de todos los solitarios suele haber un cisne degollado!)

París en el agua

Los desbordes del Sena

París 26 de Enero de 1910.

El Sena, que atraviesa todo París, es un río sagrado para los parisinos. Y en verdad, merece tal honor. Es un río amable. Cariñoso. Sus aguas dóciles se deslizaron siempre con dulzura. Nunca se le vió enojado. Jamás tuvo un arrebato de encono. Ni las tormentas más escandalosas tuvieron el prestigio de alzarlo de su cuna. Dormía, ó mejor dicho, se hamacaba dócilmente. Sobre sus ondas, los vaporcitos que hacen la carrera de Auteuil á Charentón iban y venían á su antojo. A sus orillas, los filósofos se dedicaban á la pesca. Y pescaban sin grandes molestias, puesto que pocas veces recogían algo... Otros filósofos pescaban con mejor provecho libros viejos en los abundantes cambalaches de las riberas. Cambalaches que Anatole France, Emilio Zola y Jean Richepin hicieron célebres sólo con su presencia... Ahora ya no van ellos allí. De vez en cuando suelo ver á Remy de Gourmont y á Henry de Regnier... Pero las mujeres de París tenían sobre todo una adoración exquisita por el Sena... Hacia el río bueno, hacia el

anciano patriarca que estuvo ya una vez rojo de sangre, iban las lindas costureritas á pasear con sus novios. A sus aguas confiaban á veces sus goces y sus penas. Y cuando algún dolor trágico les enlutaba el corazón, iban también al río, bajo la luna ó bajo el sol y desde un puente se tiraban al agua... También Pierrot en todas las pantomimas parisienses solía estrellar su vida contra las aguas mudas de este río. Y á veces Colombina... Todo París adoraba á su río con más pasión que Roma á su Tíber y Londres á su Támesis. Ahora acaba de suceder algo espantoso. Todo ese cariño, todo ese amor que París tenía por el Sena, se ha transformado en el más horrible de los odios... ¿Qué há ocurrido? Tendréis ya noticias de la catástrofe. El Sena desde hace varios días viene creciendo en forma nunca vista. El 22 de Enero los marinos que lo surcan comenzaron á observar un movimiento extraño en la corriente. Las aguas, como febriles, se apresuraban á pasar bajo los puentes. El 23 las aguas crecieron de repente á tres metros de altura. Las casas de los obreros que viven en las orillas comenzaron á bambolearse, pues son casi todas de madera. Fué una sorpresa. Las mujeres y los niños á media noche se echaron á correr desnudos por las calles, bajo el frío, gritando. Aunque la creciente estaba ya anunciada por los observatorios fluviales, la policía nada tenía previsto. Y así comenzó el desastre... El 24 el agua prosiguió hinchándose... Sin embargo, la incredulidad de París decía por boca de sus habitantes:

—Mañana las aguas descenderán á su nivel común. El Sena no es malo. Seguramente ha querido reirse, y de risa ha engordado...

Mas fué un error. El Sena no quería reirse. El